

LA
GUERRA
DE LAS DOS
ROSAS
TRINIDAD

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS
DEL AUTOR EN DUOMO:

La guerra de las Dos Rosas
Tormenta

CONN IGGULDEN

LA
GUERRA
DE LAS DOS
ROSAS
TRINIDAD

Traducción de Gemma Deza y Miguel Alpuente



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2016

Título original: *War of the Roses. Trinity*

© 2014, Conn Iggulden

© 2016, de la traducción: Gemma Deza Guil y Miguel Alpuente Civera

© 2016, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-49-1

CÓDIGO IBIC: FA

DL B 17.214-2016

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Victoria Hobbs, que se enfrenta a molinos
de viento y lograr derribarlos

INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS



PRÓLOGO

El vizconde Michel Gascault no era ningún espía. Habría despreciado a cualquiera que lo calificara así. Por supuesto, se daba por hecho que, a su regreso, el embajador francés en la corte inglesa informaría a su monarca de cualquier noticia relevante. Y qué duda cabía de que el vizconde Gascault acumulaba una experiencia considerable tanto en los palacios de la realeza de Europa como en el campo de batalla. Sabía qué información podía interesar al rey Carlos de Francia y, teniéndolo presente, tomaba buena nota de todo cuanto acontecía a su alrededor, por nimio que fuera. Los espías eran miserables de clase baja dados a ocultarse en portales y bisbisearse contraseñas secretas. El vizconde Gascault, por su lado, u *on the other hand*, como decían los ingleses, era un gentilhombre de Francia, tan por encima de tales cosas como el Sol de la Tierra.

Aquellos y otros pensamientos similares eran todo cuanto tenía para entretenerse en sus horas ociosas. No pasaría por alto mencionarle al rey Carlos que lo habían ignorado durante tres días con sus tres noches, que lo habían abandonado en impaciente espera en un suntuoso aposento del palacio de Westminster. Los criados que habían enviado a atenderle ni siquiera iban bien aseados, según había podido constatar, si

bien acudían con premura. Uno de ellos hedía tanto a caballo y a orines que se diría que su empleo habitual estaba en los establos reales.

Pese a ello, lo cierto era que las necesidades corporales de Gascault habían sido satisfechas, a diferencia de sus requerimientos como embajador. Al comienzo de cada día, sus propios criados lo vestían con los atuendos y las capas más espléndidos que poseía, escogidos entre las prendas embutidas en los enormes arcones que había cargado desde Francia. Hasta entonces ni siquiera se había visto obligado a repetir una combinación de colores y había prestado oídos sordos al comentario que había escuchado de pasada de boca de uno de los pinches ingleses, quien había aludido a él como «el pavo real francés». Los colores vivos le mejoraban el humor y no tenía muchas más cosas en las que matar el tiempo. Prefería no pensar en la comida que le preparaban. Era evidente que habían contratado a un cocinero francés, tanto como que aquel hombre no sentía simpatía alguna por sus compatriotas. Gascault se estremeció al recordar algunas de las cosas flácidas que habían aparecido sobre su mesa.

Las horas transcurrían con lentitud funeraria y hacía ya largo tiempo que había terminado de leerse hasta el último retazo de sus documentos oficiales. A la luz de una lámpara de mesa, finalmente se había sumido en un libro de color pardo que tenía en su haber, señalado por doquier con sus apuntes y comentarios. *De Sacra Coena* de Berengario de Tours se había convertido en una de sus obras predilectas. Por supuesto, la Iglesia había prohibido aquel tratado sobre la Última Cena. Cualquier argumento que explorara los misterios del cuerpo y la sangre de Cristo atraía la atención de los sabuesos papales.

Hacía tiempo que Gascault cultivaba la costumbre de buscar libros destinados a la hoguera, para incendiar con ellos

su pensamiento. Se frotaba las manos ante su envoltorio. Lógicamente, la cubierta original había sido arrancada y hecha pasto del fuego, y las cenizas se habían desmenuzado con esmero para que ninguna mirada inquisidora pudiera adivinar nunca a qué habían pertenecido. La áspera piel manchada era una triste necesidad en una época en la que los hombres se deleitaban denunciándose mutuamente ante sus señores.

Cuando finalmente lo convocaron, hubo de interrumpir su lectura. Gascault estaba acostumbrado a la estridente campana que daba las medias horas y las horas completas, que lo despertaba con sobresalto mientras dormía y que arruinaba su digestión al menos tanto como las pobres tórtolas que yacían sin gracia en la bandeja de su cena. No llevaba la cuenta, pero aun así supo que era tarde cuando aquel mozo de cuadra, como él lo consideraba en su fuero interno, acudió apresurado a sus aposentos.

—Vizconde Gas-cart, os aguardan —anunció el muchacho.

Gascault no dio señas de irritación por la inexactitud con la que el joven pronunció su honorable apellido. El muchacho tenía pinta de simplón y el buen Dios instaba a ser misericordioso con las pobres almas que vivían entre seres superiores para enseñarles compasión, o eso había dicho siempre la madre de Gascault. Con cuidado, depositó el libro en el brazo de la silla y se puso en pie. Su mayordomo, Alphonse, se hallaba sólo un paso por detrás del joven. Gascault dejó que sus ojos se posaran de nuevo en el libro, consciente de que aquella leve señal bastaría para que su criado evitara que cayera en manos ajenas en su ausencia. Alphonse asintió raudo con la cabeza e hizo una reverencia mientras el mozo de cuadra observaba confuso la pantomima entre ambos hombres.

El vizconde Gascault se ajustó la correa de la espada y permitió que Alphonse le echara la capa amarilla alrededor de los hombros. Cuando su mirada volvió a posarse en la

silla, el libro se había desvanecido como por arte de magia. Ciertamente, su sirviente era el espíritu de la discreción, y no sólo porque careciera de lengua. Gascault inclinó la cabeza en ademán de agradecimiento y abandonó la estancia con elegancia tras el muchacho, atravesó las salas exteriores y fue a desembocar en el gélido pasillo que se extendía tras éstas.

Una comitiva de cinco hombres lo aguardaba allí. Cuatro de ellos, cubiertos con un tabardo real sobre una cota de malla, eran a todas luces soldados. El último vestía capa, túnica y calzas, todas ellas tan gruesas y bien confeccionadas como las del propio Gascault.

—¿Vizconde Michel Gascault? —preguntó el hombre.

Gascault apreció la pronunciación impecable y sonrió.

—El mismo que viste y calza. A vuestro servicio. ¿Y vos sois...?

—Richard Neville, conde de Salisbury y lord canceller. Disculpádmeme por la hora, milord, pero os aguardan en los salones reales.

Gascault caminó al lado del conde, a su ritmo, sin prestar atención a los soldados cuyos pasos repiqueteaban en su estela. A lo largo de su carrera profesional había visto cosas más extrañas que una reunión a medianoche.

—¿Para ver al rey? —preguntó con malicia, mientras observaba con atención al conde.

Salisbury no era ningún joven, pero a ojos del francés se antojó un hombre delgado pero fuerte y sano. Mejor sería no revelar cuánto sabía la corte de Francia acerca de la frágil salud del rey Enrique.

—Lamento informaros de que Su Alteza Real, el rey Enrique, padece una enfermedad temporal e intermitente. Espero que no os ofendáis, pero esta noche os conduzco ante el duque de York.

–Lamento muchísimo escuchar tal cosa, milord Salisbury –respondió Gascault, dejando que sus palabras permanecieran en el aire.

Vio los ojos de Salisbury tensarse apenas una fracción de segundo y tuvo que reprimir una sonrisa. Ambos sabían que había familias en la corte inglesa que mantenían estrechos lazos con Francia, fueran éstos de sangre o de título. La idea de que el monarca francés no conociera todos los detalles del síncope del rey Enrique era un juego al que ambos jugarían, nada más. El rey de Inglaterra llevaba inconsciente varios meses y había caído en un estupor tan profundo que era imposible reanimarlo. No en vano sus lores habían designado a uno de ellos «protector y defensor del reino». Ricardo, el duque de York, era el rey a todos los efectos, salvo por el título, y, a decir verdad, el vizconde Gascault no sentía interés alguno en reunirse con un monarca perdido en sus ensoñaciones. Lo habían enviado a calibrar la fuerza de la corte inglesa y su determinación de defender sus intereses. Gascault permitió que el placer centelleara en sus ojos por un instante efímero antes de sofocar la emoción. Si informaba de que los ingleses estaban debilitados y perdidos sin el rey Enrique, la palabra de Gascault por sí sola haría zarpar un centenar de barcos desde Francia para saquear y reducir a cenizas hasta el último puerto inglés. Eso era justamente lo que los ingleses venían haciendo en Francia desde hacía largo tiempo, se recordó. Quizá hubiera llegado el momento de que bebieran de su propia medicina.

Salisbury condujo a la reducida comitiva por un trecho infinito de pasillos y finalmente ascendió dos tramos de escaleras que conducían a los aposentos reales, ubicados en las plantas superiores. Incluso a aquellas horas de la noche, el palacio de Westminster refulgía con la luz de lámparas situadas a escasos pasos de distancia, si bien ello no impidió

que Gascault detectara un tufo a humedad en el ambiente, el hedor del moho antiguo provocado por la cercanía del río. Cuando finalmente llegaron a la puerta, protegida por la guardia, tuvo que reprimir su deseo de alisarse la capa y el cuello por última vez. Alphonse no le habría permitido abandonar sus dependencias sin estar impecable.

Los soldados fueron excusados y los guardias del interior de la estancia abrieron la puerta. Salisbury extendió la mano invitando al embajador a entrar en primer lugar.

—Después de vos, vizconde —dijo.

Tenía una mirada sagaz, según pudo apreciar Gascault mientras hacía una reverencia y entraba. A aquel hombre no se le escapaba nada. Se recordó andarse con cuidado con él. Los ingleses podían ser muchas cosas: sobornables, irritables, codiciosos y todo el espectro de pecados, pero nadie, desde que el mundo era mundo, los había llamado nunca obtusos. ¡Dios quisiera que las cosas fueran de otro modo! El rey Carlos podría así hacerse con sus poblaciones y castillos en sólo una generación.

Salisbury cerró la puerta con suavidad a su espalda y el vizconde Gascault se descubrió en una estancia más pequeña de lo que había imaginado. Quizá fuera oportuno que el protector y defensor no se regodeara en los lujos de una corte real, pero la quietud de aquella sala hizo que Gascault sintiera un escalofrío descenderle por la espalda. Las ventanas estaban teñidas de la negra oscuridad de la noche y el hombre que se alzó para recibirlo iba vestido del mismo color, hecho que hacía que, al acercarse a él, costase distinguirlo entre las sombras de las lámparas que llameaban tenuemente.

Ricardo, el duque de York, extendió la mano e hizo un gesto a Gascault invitándolo a internarse más en la estancia. El francés notó cómo se le erizaban los pelos del cogote a causa del miedo y la superstición, si bien no dio muestras

de su incomodidad. Mientras avanzaba, volvió la vista atrás, pero no vio nada extraño, salvo a Salisbury, que no le quitaba ojo de encima.

–Vizconde Gascault, soy York. Es un placer daos la bienvenida y una causa de gran aflicción tener que enviaros de regreso a casa tan pronto.

–¿Cómo decís, milord? –preguntó Gascault, confuso.

Tomó asiento donde le indicó York y recompuso su postura mientras el duque se sentaba al otro lado de la ancha mesa. El inglés iba bien afeitado. De mandíbula cuadrada, lucía delgado en su vestimenta negra. Bajo la atenta mirada de Gascault, York se apartó un mechón de pelo de la frente con una mano, inclinando la cabeza al hacerlo, sin por ello apartar nunca los ojos de Gascault.

–Me temo que no os entiendo, milord York. Excusadme, desconozco qué título debo emplear para dirigirme al protector y defensor del reino.

Gascault miró a su alrededor en busca de algún indicio de vino o comida, pero no había nada a la vista, sólo el macizo roble dorado de la mesa, que se extendía desierta ante sus ojos.

York lo observó sin pestañear y frunció el entrecejo.

–Fui el lugarteniente del rey en Francia, vizconde Gascault. Estoy seguro de que estáis al corriente de ello. He luchado en suelo francés y he perdido heredades y títulos a manos de vuestro monarca. Pero todo eso ya lo sabéis. Sólo lo menciono para recordaros que yo también conozco Francia. Conozco a vuestro rey y, Gascault, también os conozco a vos.

–Milord, doy por supuesto que...

York continuó hablando como si no lo hubiera oído.

–El rey de Inglaterra duerme, vizconde Gascault. ¿Se despertará en algún momento o morirá postrado en cama? Por aquí no se habla de otra cosa. Y no dudo que suceda lo mis-

mo en París. ¿Es ésta la ocasión que había planeado y esperado largamente vuestro rey? Vuestro país, que no es lo bastante fuerte para arrebatarnos Calais, ¿se atreve a soñar con tomar Inglaterra?

Gascault sacudió la cabeza y abrió la boca para negar tal afirmación. York alzó la mano.

—¡Adelante, Gascault! Arrojad los dados. Aprovechad vuestra oportunidad mientras el rey Enrique dormita. Yo caminaría de nuevo por tierras que antaño fueron mías. Marcharía con un ejército sobre suelo francés una vez más, si se me presentara la ocasión. Os ruego que sopeséis mi invitación. El canal de la Mancha no es más que un hilillo de agua. Y el rey no es más que un hombre. Bueno, aunque sea un soldado inglés, sigue siendo un hombre, ¿no es cierto? Puede fracasar. Puede caer. Abalanzaos sobre nosotros mientras nuestro rey dormita, vizconde Gascault. Escalad nuestros muros. Desembarcad en nuestros puertos. Os doy la bienvenida tal como nuestro pueblo dará la bienvenida al vuestro. Tal vez sea una bienvenida tosca. Somos un pueblo tosco. Pero tenemos deudas que saldar y somos generosos con nuestros enemigos. Por cada golpe que nos asestan, devolvemos tres y no tenemos en cuenta el sacrificio. ¿Me entendéis, vizconde Gascault, hijo de Julien y Clémence, hermano de André, Arnaud y François, esposo de Elodie, padre de dos hijos y de una hija? ¿Es preciso que mencione también sus nombres, Gascault? ¿Debería describir el hogar de vuestra familia, con los ciruelos rojos que flanquean la verja de la entrada?

—Basta, *monsieur* —respondió Gascault quedamente—. Vuestro argumento ha quedado perfectamente claro.

—Eso espero —replicó York—. ¿O debería enviar una orden que partiera de inmediato, más veloz de lo que vos sois capaz de cabalgar, más rauda de lo que sois capaz de navegar, para

que comprendáis el significado de mis palabras, en la medida y la rotundidad con que las pronuncio, cuando regreséis a vuestro hogar? Estoy dispuesto a hacerlo, Gascault.

–Os ruego que no lo hagáis, milord –contestó Gascault.

–¿Que me rogáis? –repitió York. En su hosco rostro, oscurecido por la tenue luz de las lámparas, las sombras parecían treparle por la mandíbula–. Lo decidiré después de que hayáis partido. Hay un barco esperándoos, Gascault, y hombres que os escoltarán hasta la costa. Sean cuales sean las noticias que llevéis a vuestro monarca, os deseo toda la fortuna que merecéis. Buenas noches, vizconde Gascault. Id con Dios.

Gascault se puso en pie con las piernas temblorosas y se dirigió hacia la puerta. Salisbury mantuvo la cabeza gacha mientras la abría para cederle paso y el francés respiró hondo, atemorizado al ver a los soldados congregados tras ella. En la penumbra, presentaban un aspecto amenazador y Gascault estuvo a punto de lanzar un chillido cuando abrieron filas para franquearle el paso y acto seguido recuperaron posiciones para escoltarlo lejos de allí.

Salisbury cerró la puerta con cuidado.

–No creo que vengan..., al menos, no este año –aventuró. York resopló.

–Os juro que tengo un dilema. Tenemos los barcos y los hombres, si me siguieran. Y, sin embargo, esperan como sabuesos a ver si Enrique despierta.

Salisbury se guardó de responder enseguida. York percibió sus dudas y sonrió con cansancio.

–Todavía no es demasiado tarde, creo. Enviad en busca del español. Le soltaré mi sermón también a él.

PRIMERA PARTE



Postrimerías del verano de 1454

«La única esperanza de las personas aplastadas por las leyes está en el poder. Si las leyes son sus enemigas, serán enemigas de las leyes».

EDMUND BURKE

1

Bajo la luz aún fría y gris, el castillo cobraba vida. Se sacaba a los caballos de sus caballerizas y se los cepillaba; los perros ladraban y se peleaban, apartados a puntapiés por quienes los encontraban en su camino. Centenares de hombres andaban ajetreados apilando aperos y armas, y trajinaban por el patio principal portando pertrechos en los brazos.

En la gran torre, Henry Percy, conde de Northumberland, contemplaba por la ventana la animada pradera que rodeaba su fortaleza. Las piedras del castillo estaban calientes por el calor de agosto, pero el anciano vestía capa y llevaba un manto de pieles echado a los hombros, bien sujeto por el pecho. Seguía siendo alto y ancho de espaldas, pese a que la edad lo había encorvado. Su sexta década le había traído achaques y unas articulaciones chirriantes que hacían que casi cualquier movimiento le resultara un suplicio y perdiera los nervios enseguida.

El conde miraba ceñudo a través del vidrio plomado. La población se despertaba. El mundo se levantaba con el sol y él estaba listo para pasar a la acción, tras aguardar largamente su momento. Observó cómo se congregaban los caballeros con armadura, mientras sus criados les repartían escudos

pintados de negro o recubiertos de arpillera atada con cordel. Los colores azul y amarillo de los Percy no se apreciaban por ninguna parte, ocultos a la vista para que los soldados que aguardaban sus órdenes lucieran un aspecto más sombrío. Durante un tiempo, serían hombres grises, caballeros errantes sin hogar ni familia. Hombres sin honor, cuando el honor era una cadena que los aherrojaba.

El anciano inhaló y se frotó la nariz con vigor. La estrategia no engañaría a nadie, pero, cuando la matanza hubiera concluido, podría alegar que ningún caballero o arquero de los Percy había tomado parte en ella. Y lo más importante de todo, quienes habían clamado contra él yacerían inertes en el suelo.

Mientras permanecía allí de pie, sumido en sus pensamientos, escuchó a su hijo aproximarse; las espuelas del joven chasqueaban y repiqueteaban en el suelo de madera. El conde volvió la vista, notando cómo su viejo corazón se le desbocaba por la expectación.

–Buenos días os dé Dios, padre –saludó Thomas Percy con una reverencia.

Proyectó la mirada al otro lado de la ventana, hacia el bullicio de los terrenos situados a los pies del castillo. Thomas arqueó una ceja en mohín de pregunta tácita y su padre gruñó, irritado por los pasos de los criados que los rodeaban.

–Acompáñame.

Sin aguardar respuesta, el conde avanzó a toda prisa por el pasillo y con la fuerza de su autoridad remolcó tras de sí a Thomas. Llegó ante la puerta que conducía a sus aposentos privados y prácticamente arrastró a su hijo al interior, cerró de un portazo tras ellos. Mientras Thomas permanecía en pie observándolo, el viejo recorrió nerviosamente a zancadas las estancias, golpeando las puertas con violencia al entrar y salir de ellas. Sus recelos se apreciaban en el tono morado inten-

so que había adquirido su semblante, cuya tez oscurecía una mancha de venas rotas que se extendía a todo lo ancho de sus mejillas y nariz. El rostro del conde no volvería a conocer la palidez, no con aquella mancha marmolada recubriéndolo. Posiblemente se la hubieran provocado los potentes licores procedentes del otro lado de la frontera escocesa, pero lo cierto es que iba que ni pintada con su humor. La edad no había suavizado al anciano; al contrario, lo había ajado y endurecido.

Convencido de encontrarse a solas, el conde regresó junto a su hijo, que seguía aguardando con paciencia con la espalda apoyada en la puerta. Thomas Percy, el barón Egremont, no era más alto que su padre en el pasado, pero, al no estar encorvado por la edad, alcanzaba a ver por encima de la cabeza del viejo. A sus treinta y dos años, Thomas estaba en la flor de la virilidad, con su cabello moreno y sus antebrazos llenos de nervios y músculos conseguidos tras más de seis mil días de adiestramiento. Allí en pie, casi parecía resplandecer de salud y vigor, con su piel rubicunda sin cicatrices ni marca de enfermedad alguna. A pesar de los años que los separaban, ambos compartían la típica nariz de los Percy, una gran nariz aguileña que podía encontrarse en docenas de aldeas y granjas pequeñas de los alrededores de Alnwick.

—Aquí podremos hablar en privado —dijo el conde al fin—. Tu madre tiene oídos por todas partes. Ni siquiera puedo hablar con mi hijo sin que su gente le informe de hasta la última palabra.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que sucede? —preguntó su hijo—. He visto a los hombres acopiando espadas y arcos. ¿Es la frontera?

—Hoy no. Esos malditos escoceses están tranquilos, aunque no dudo de que Douglas ande husmeando por mis tierras, como siempre. Acudirán en invierno, cuando el hambre

los apremie, a intentar robarme las vacas. Y, cuando lo hagan, los enviaremos de vuelta como alma que lleva el diablo.

Su hijo ocultó su impaciencia, sabedor de que su padre podía pasarse una hora despotricando contra el «artero de Douglas» si se le presentaba la oportunidad.

–Me refería a los hombres, padre. Han tapado los colores. ¿Quién nos amenaza que debe ser sorprendido por caballeros sin blasón?

Su padre, que se hallaba de pie cerca de él, alargó el brazo, lo agarró por encima del filo de la coraza de cuero con su huesuda mano como si fuera un gancho y lo atrajo hacia sí.

–Los Neville de tu madre, muchacho, como siempre. Siempre los Neville. Allá donde mire afligido están ellos, ¡interponiéndose en mi camino! –El conde Percy alzó su otra mano mientras hablaba y la sostuvo en alto con los dedos juntos formando un pico. Picoteó con ella el aire, cerca del rostro de su hijo–. Y se alzan en tal número que no sería posible contarlos. ¡Unidos por matrimonio con todos los linajes de la nobleza! ¡Con todas las casas nobiliarias! Tengo a los malditos escoceses afilándose las garras en uno de mis flancos, saqueando Inglaterra, incendiando pueblos en mis propias tierras. Si no me enfrentara a ellos, si dejara pasar una sola estación sin matar a los jóvenes que envían para ponerme a prueba, afluirían sobre el sur como las aguas de un dique roto. ¿Y qué haría entonces Inglaterra, sin las armas de los Percy para defenderla? Pero a los Neville todo eso les trae sin cuidado. No, ellos prestan su nombre y su riqueza a York, ese principiante. Y él asciende, aupado por las manos de los Neville, mientras a nosotros nos roban títulos y heredades.

–Guardián de la frontera oeste –murmuró su hijo, hastiado.

Había escuchado los lamentos de su padre un sinfín de veces antes. La cólera en los ojos del conde Percy se intensificó.

–Uno de tantos. Un título que debería haber pertenecido a tu hermano, dotado con mil quinientas libras al año, hasta que se le otorgó a ese Neville, Salisbury. Eso he tenido que tragármelo, muchacho. Y también que hayan designado a Neville canciller mientras mi rey dormita y sueña y hemos perdido Francia. He tenido que tragarme tantas cosas provocadas por ellos que tengo la sensación de estar a punto de reventar.

El anciano había acercado a su hijo tanto a él que sus rostros casi se rozaban. Besó a Thomas brevemente en la mejilla y lo soltó. Por costumbre, volvió a comprobar la estancia a su alrededor una vez más, pese a que estaban solos.

–Por tus venas corre la buena sangre de los Percy, Thomas. Con el tiempo acabará expulsando a la de tu madre, tal como yo expulsaré a los Neville de estas tierras. Me han sido puestos en bandeja, Thomas, ¿lo entiendes? Dios misericordioso me ha brindado la oportunidad de recuperar todo lo que me han robado. Si tuviera veinte años menos, montaría a Azote del Viento y los expulsaría hacia el sur yo mismo, pero... esos días han quedado atrás. –El anciano alzó la vista hacia su hijo con ojos casi febriles–. Debes ser mi mano derecha en esto, Thomas. Debes ser mi espada y mi mayal.

–Me honráis –murmuró Thomas con la voz quebrada.

Al ser sólo el hijo segundo, había alcanzado la plenitud de su vida con poco afecto por parte del viejo. Su hermano mayor, Henry, se hallaba junto con mil hombres al otro lado de la frontera de Escocia, con la misión de saquear, incendiar y debilitar los clanes bárbaros. Thomas pensó en él; era consciente de que la ausencia de Henry era el auténtico motivo por el cual su padre lo había llamado aparte. No había nadie más a quien enviar. Y pese a que tal pensamiento lo ofendía, no pudo resistirse a la oportunidad de demostrar su valía al único hombre a quien le permitía juzgarlo.

–Enrique tiene a nuestros mejores gallos de pelea –prosiguió su padre, haciéndose eco de sus pensamientos–. Y yo debo conservar algunas manos fuertes en Alnwick, en caso de que el artero de Douglas esquite a tu hermano y descienda al sur dispuesto a violar y robar. Ese hombrecillo no conoce mayor placer que tomar lo que me pertenece. Juro que...

–Padre, no os fallaré –le aseguró Thomas–. ¿Cuántos hombres enviaréis conmigo?

Su padre hizo una pausa, irritado por la interrupción, que le reprochó con la mirada. Finalmente asintió con la cabeza, sin que la sangre llegara al río.

–En torno a setecientos. Doscientos son soldados, mientras que el resto son ladrilleros, herreros y hombres corrientes con arcos. No obstante, contarás con Trunning y, si eres inteligente, dejarás que te asesore y lo escucharás con atención. Conoce bien las tierras de los York y conoce a los hombres. Quizá si no hubieras invertido tanto tiempo de tu juventud en bebida y fulanas, no dudaría de ti. ¡Chitón! No te lo tomes a la tremenda, muchacho. Alguno de mis hijos tiene que participar en esta empresa para infundir valor a los hombres. Pero son mis hombres, no los tuyos. Sigue las instrucciones de Trunning. Él sabrá conducirte.

Thomas se ruborizó a causa de una cólera cada vez más visible. Imaginar a los dos viejos urdiendo algún plan imprimió una tensión a su rostro que no pasó desapercibida a su padre.

–¿Entendido? –preguntó el conde Percy tajante–. Haz caso a Trunning. Te lo ordeno.

–Entendido –replicó Thomas, esforzándose sobremanera por ocultar su decepción.

Por un momento, había creído que su padre le confiaría el mando de la operación, en lugar de colocar a su hermano o a algún otro hombre por encima de él. Sintió la pérdida de algo que nunca había tenido.

—¿Me indicaréis vos adónde debo cabalgar o debo preguntárselo también a Trunning? —inquirió Thomas.

Su voz transmitía tensión y su padre hizo una mueca de regodeo y desdén con la boca.

—Te he dicho que no te lo tomes a la tremenda, muchacho. Tienes un buen brazo derecho y eres mi hijo, pero no has liderado ninguna batalla, a lo sumo unas cuantas escaramuzas. Los hombres no te respetan tanto como a Trunning. ¿Cómo iban a hacerlo? Él ha luchado durante veinte años, tanto en Francia como en Inglaterra. Te hará regresar con vida.

El conde aguardó a ver alguna señal que indicara que su hijo había acatado la situación, pero Thomas lo fulminó con la mirada, herido y enojado. El conde Percy sacudió la cabeza y prosiguió:

—Mañana los Neville celebran una boda en Tattershall, Thomas. La estirpe de tu madre ha conseguido extender sus redes y atrapar a otro clan en sus garras. Ese gallito engréido, Salisbury, asistirá a los festejos para ver desposarse a su hijo. Estarán en paz, satisfechos de conducir a la nueva novia hacia el palacete de Sheriff Hutton. Mi hombre me lo ha explicado todo, arriesgando su vida para informarme a tiempo. Aunque le he entregado una buena recompensa por ello, no creas. Y ahora escúchame con atención. Habrá hombres a caballo y a pie, una comitiva festiva regresando del banquete nupcial un bonito día de verano. Y tú también estarás allí, Thomas. Les tenderás una emboscada y no dejarás ni a uno solo de ellos con vida. Eso es lo que te ordeno. ¿Lo has entendido?

Thomas tragó saliva con dificultad bajo la atenta mirada de su padre. El duque de Salisbury era el hermano de su madre y sus hijos eran sus primos hermanos. Thomas había creído que se encargaría de desterrar a alguna rama más débil del árbol genealógico de los Neville, no a las mismísimas raíces y al cabecilla del clan. Si hacía lo que su padre le en-